



SANCHO PANZA.

REVISTA SATÍRICO-BURLESCA DE LITERATURA, COSTUMBRES, ARTES Y TEATROS.

COLABORADORES.

ESPAÑA.—Abarzuza don Ventura.—Arcos y Perez (D. José).—Benjumea don Nicolás Díaz.—Benavides don José.—Cánovas del Castillo Ilmo. Sr. don Antonio.—Campillo don Narciso.—Escalante don Amable.—Franquelo don Ramon.—Fabié don Antonio María.—Gonzalez de la Vega don José.—Grimaldi don Ambrosio.—Guzman don José María.—Hiralde de Acosta don Manuel.—Hidalgo don Francisco de P.—Hernandez don Isidoro.—Helguera don José de la.—La Abadía don José Saenz.—Lamas don Francisco Bustamante.—Lamarque y Novoa don José.—Llofriu y Sagrera don Eleuterio.—Mosquera don Ricardo.—Marin don Juan Manuel.—Morera don Guillermo.—Pongilioni don Aristides.—Rando y Barzo don Manuel.—Ruiz don Idelfonso Antonio.—Rodriguez Correa don Ramon.—Redondo don Antonio.—Salas don Manuel de.—Utrera don Federico.—Velazquez y Sanchez don José.

HABANA.—Señora doña Luisa Perez de Zambrana.—Ariza don Juan de.—Ferrer del Couto don José.—Guerrero don Teodoro.—Martinez Villergas don Juan.—Zenea don Juan Clemente.—Zambrana don Ramon.

EL PERIODISMO Y LOS PERIODISTAS DEL DIA.

No vamos á escribir un artículo en sério, por mas que el asunto que nos va á ocupar y que forma el epígrafe de este mal pergeñado escrito, merezca, acaso mejor que otros asuntos, que los que nos dedicamos á esto que engañosamente se llama periodismo, derramemos una lágrima sobre la losa de lo que fué, para despues lanzar una sarcástica sonrisa sobre la ridícula verdad de lo que es.

El periodismo en España es una especie de monomanía que infiltrándose en el cerebro de la juventud, forja arabescos castillos contruidos en el aire, levanta fantasmas de tan ilusoria magnitud que atrae prosélitos, como si fuera una linterna mágica impelida por la diestra mano del hábil prestidigitador.

Basta saber leer y escribir, y esto las mas veces mala é incorrectamente; tener una poquilla de osadía con sus ribetes de petulancia y sus botones de amor propio,

para que cualquier chico al salir de la escuela, como diria nuestro gran patrono el señor don Cándido, se crea tan capaz como el mas amaestrado político ó el mas erudito literato, de confeccionar, no diremos algun suelto de gacetilla, sino el más doctrinario y espinoso artículo de entrada.

Y esto es lógico.

La juventud del dia, poco modesta y algo de holgazana, merced á la empleomania crónica que devora los pulmones de nuestra sociedad tísica por exelencia, en lo mas florido de sus años, lejos de dedicarse con cariño y asistencia á la gloriosa senda de las ciencias, de las artes, aprénde con entusiasmo en ese furor de impresos periodísticos, algunos casi, sino del todo, ilegibles é incorrectos, pero siempre en caracteres que se hacen indelebles en una imaginacion fogosa como naciente; aprende, decimos, de memoria y grava en su imaginacion la seductora idea, que basta solo obtener un puesto en el oscuro rincon de la gacetilla, para desde allí ascender á pasos rápidos á gefe de un partido ó

á presidir los consejos de la Corona. Bonita teoría, pero que no pasa de ser un fantasma, un espíritu luminoso, todavía mas ilusorio que los de Mr. Velle, ó los que nos han presentado nuestros escenógrafos en los teatros de la corte en la última temporada.

No obstante, y aunque esto parezca una contradicción, tiene algo de verdad esa teoría vulgar, porque la condición humana, ligada las mas veces con los divinos lazos de la providencia, hace del hombre un ser tan superior á los demás seres, que suele encumbrarlo desde el hogar mas oscuro de la mas oscura cabaña, al puesto mas elevado de la sociedad.

Pero esto es diferente.

Esto es, que, el hombre, impulsado por el divino don de la sabiduría y del talento, sabe sobreponerse á sus semejantes y despreciando los escollos de la vida, atropella por todos los azares de la sociedad y se encumbra por sus merecimientos, por su saber, por la superioridad que le distingue.

Pero no, reflexionan otros; que en nuestro siglo, se representa para la juventud una moderna Jauja y ni necesitamos trabajar para comer, ni comer para vivir, ni aun vivir para pensar. ¡Es una ganga vivir en este siglo!

Para ser periodista que, segun el criterio moderno, es el escalon indispensable para remontarse hasta el pináculo de la mas desenfrenada ambición, no se necesita mas que quererlo ser, porque ya hemos dicho que lo demás es «pecata minuta» y que hoy los chicos nacen sabiendo, que á tal grado de fabulosa civilización ha llegado el mundo.

Pero concretemos el asunto en un ejemplo y cuidando que no vamos á ridiculizar á los periodistas de profesión; está muy lejos de nuestro ánimo el causar la menor ofensa á una clase tan digna de mejor suerte. Nuestra misión hoy se limita á retratar, siquiera sea á grandes brochazos, á ese cúmulo de periodistas que, como abispas al panal de pura y excelente miel, plaga el mundo con sus sandeces y toma por asalto las redacciones de periódicos á influjos de la amistad de algun cachazudo escritor ó de algun usurero empresario.

Esta especie de polilla, como apuntamos antes, sale de la escuela; y decimos sale, no porque la escuela le dé por aprobado en las materias de su enseñanza, sino porque, necio y presuntuoso, le asoma el bozo que le separa de la infancia y con engañosas mañas seduce á sus padres que viendo un Sénecas en su hijo, con la baba caída, no rechazan, sino que les halaga la actitud del chico.

Ni se piensa en darle otra educación, sino que basta la limitada adquirida, porque el chico dice á su padre que quiere ser periodista y ya hemos dicho que para ser periodista basta y sobra con quererlo ser.

Si los recursos son escasos, el chico se dirige á una capital de provincia; si se pueden estirar los piés algo mas que á alcanzar la sábana, el chico pasa á la corte. Provisto de una carta de recomendación para un amigo, llega al punto final de su viaje y se coloca; y se coloca pronto, porque es necesario tener presente que hay periodismo y hay empresas de periódicos: en el primero se anida el talento: en las segundas, los periodistas del día.

Colocado el chico, se provee de los datos necesarios que pueden fácilmente convertir su pluma en víbora; averigua la historia privada de los hombres de arraigo, de los hombres de alta posición; penetra sin rubor en el hogar doméstico para sorprender sus miserias; estrecha la mano de actores y bailarinas á quienes luego vende; busca y sorprende los secretos del amigo, y provisto de estas mordaces armas, se lanza en el palenque de la publicidad, profanando su misión moralizadora,

siendo el azote de los suyos y de los extraños, haciendo derramar muchas lágrimas y hasta arrebatando la honra acrisolada del desgraciado. Para esto, es verdad, no se necesita talento, no se necesita erudición, no se necesita mas que una voluntad perversa y un corazón corrompido: no se necesita mas que querer; y como esto hacen los periodistas de nuestro artículo, esto es lo que significa el periodista del día. ¡Desgraciada prensa! Los hombres de buen criterio la repelen de sí, porque ¿quién no teme la mordacidad del lenguaje en un discurso escrito que circula?

¡Y decíamos que no íbamos á tratar del asunto en serio! Nos hemos formalizado sin querer.

El periodista que describimos es el holgazan, es el libertino, es el necio, el adulador; es el hombre que indignado de pertenecer á una sociedad que le repele, se venga de ella con su misma ignorancia. Y lo desprecia el mundo, y lo desprecia el genio y lo desprecia todo, en fin. Que buscando el escalon para encumbrarse, no puede fijar su planta, sino que se derrumba al son de la sonrisa maliciosa de su semejante, para no levantarse jamás.

Y acaba nuestra historia de brocha gorda, á quien ha sucedido como á todas las cosas malas, que comienza por la risa para terminar con el llanto.

Don Florencio.

LOS JUANES.

A una que se llama Juana.....

EN SUS DIAS.

La memoria de los Juanes
me vá hoy á servir de tema,
que por ser SAN JUAN, juntitos
vinieron á mí mollera.

De los antiguos se ocurre,
Juanillo el de la Candela,
con su chicote en la boca,
su estrenque en la mano diestra,
su sombrero echado atrás,
sus torcidísimas piernas,
y sus piés; sus piés larguísimos
cual si académico fuera.
¡Pobre Juan, cuán triste vida
hoy ciertamente tuvieras!
Los fósforos te acabaran
sin que fósforos comieras.

A la época de los mistos,
precedió la de la yesca,
mas en materia de Juanes
todo sucedió á la inversa.
Juan Salas—Yesca por mote—
siguió al de la Candela,
atronando con su voz
y vientos, calles enteras.

Tambien un Juan de la Viña
hubo de hechura muy nueva,
y en cartones lo imitaron
con un hilo entre las piernas.

El lindo D. Juan, las musas
lo acarician y lo ostentan
igual que á D. Juan Tenorio
y al de la parodia aquella
titulada *Juan Perdío*
de un literato de pega.
El Dios Apolo protege
á aquel otro *Juan Sin tierra*;
pero á este lo sustituye
otro Juan, que toma en tierra
lo que antes contempló el pueblo
como una *mina de... piedra*.

La vida de Juan Soldado,
vendría aquí como de perlas,
mas es tan comun, cual son
las cotufas en Valencia,
en Jerez el rico mosto,
y en la Isla las almejas.

Es muy vulgar el Juan Lanas,
porque al pueblo representa,
que aunque se vea trasquilar
ni lo siente ni se queja.

No así fuera Juan Ferlaque,
el cual si sufre, protesta
contra el atroz jeringote
según dice la leyenda.

Del célebre Juan Ciruelo
la gran familia prospera,
unida á los Juan Camueso,
y á la de Juan Otras-yerbas;
y eso que estos Juanes dichos
ni en elecciones se mezclan,
ni cual el otro ¡un buen Juan!
dejan sin sentir las penas.

El preste Juan de las Indias
yo quisiera que viniera,
para que arreglase á algunos
con su autoridad suprema,
y que á ciertas compañías
las metiese... por vereda.

¡Juanete! ¡Pobre Juanete!
Te encuentras en la academia,
en liceos, en municipios,
en piés cortos y de á legua,
y eso que los adoquines
en la población se aumentan.

A los toros este día
sin ser buen Juan, yo partiera
si picase un Juan Mateo,
si Juan Martínez viniera,
alternando en las espadas
con Juan Yust ¡linda pareja!

Se concluyeron los toros,
ni aquel Juaniquín se ostenta
en el poner banderillas,
—gacetillero de bestias.—
No voy... no voy á los toros...
pero sí, voy en mi cuerda
á ver á Juana la Pálida
y á Juanita la Traviesa,
que con sus garbos y galas
los tendidos empavesan.
Otros Juanes... ¿Hay mas Juanes?
¡San Juan me valga y defienda!
Hay Juanes que como el santo,
el dedo tieso nos cejan,
ni porque escuchen razones,
ni porque oigan miles quejas
ni porque los periodistas
los ensalcen, ó con gresca
les digan: «Ved el camino
de la ley, no el de las bestias.»

¿Hay mas Juanes? Sí, mas Juanes,
pero ¡qué Juanes! ¡chispean!
Juanes; Juanetes, Juanicos,
de la cáscara mas negra;
Juanes que á fuerza de fuertes
queman, inundan, incendian,
Juanes que á fuerza de viento
rujen, soplan, ventosean.
Hay cien mil clases de Juanes,
de Juanes una epidemia,
un cólera morbo asiático;
fuera Juanes, fuera, fuera,
por ellos dadme una Juana,
así cual tú....

G. Morera.

CUENTOS ALEMANES. MÚSICA MÉDICA. (CUENTO FANTÁSTICO.)

II.

Imposible me fué cerrar los ojos en toda la noche,
devanándome los sesos para saber cómo se las arreglaría
Selsam para expulsar las ascáridas de mi respetable tía
Wunderlich.

Al día siguiente, esta idea me persiguió hasta la noche.
Iba, venia, me interrogaba en alta voz, y era tanta
mi agitacion, que las gentes de la calle se volvian á mirarme.

Al pasar por delante de la oficina del farmacéutico
Quoniam, detúveme mas de una hora para leer los innumera-
bles rótulos de sus botellas y bicales: ASSA FAETIDA,
ARSÉNICO, CLORO, POTASIO, BÁLSAMO DE CHIRON, REMEDIO
DEL CAPUCHINO, REMEDIO DE LA SEÑORITA STÉFEN, DE FIORA-
VANTI, etc., etc., etc.

—Gran Dios! me dije, es necesario mucho tino para
coger precisamente la botella que debe curarnos sin ex-
pulsar la molécula central. Se necesita valor para tragar-
se la ASSA FAETIDA, el REMEDIO DEL CAPUCHINO, ó de FIORA-
VANTI, cuando un simple pedazo de pan ó de carne nos
causa muchas veces una indigestion.



Y por la noche, cenando frente de mi buena tia, la observé lleno de compasion.

—¡Ay! pensaba para mí, ¡qué dirías tú, pobre Ana Wunderlich, si supieses que amenazan tu ruina millares de fieras microscópicas, mientras estás tomando tranquilamente una taza de té!

—¿Por qué me miras de ese modo, Teodoro? me preguntó inquieta.

—¡Oh! por nada... por nada...

—Sí, veo que me encuentras mala hoy: ¿no es verdad que tengo aire de enferma?

—Ciertamente, estais pálida. Apostaría que habeis recibido música...

—Eh! sin duda. Ayer recibí la ópera del GRAN DARIUS, una obra sublime, una...

—Estaba seguro de ello. Habeis pasado la noche tocando el piano, tomando actitudes, estasiándoos, y lanzando ¡ah! ¡oh! perfecto! maravilloso! divino!

La señora Wunderlich se volvió como la púrpura.

—¿Qué significa eso, caballero? ¿No tengo acaso derecho?...

—Eh! no digo lo contrario; pero eso es ridículo: destruíis vuestro sistema nervioso...

—Mi sistema nervioso!... Vos sois quien se vuelve loco, quien no sabe lo que se dice.

—En nombre del cielo, tranquilizaos, querida tia! La cólera desarrolla electricidad, le cual produce á su vez millares de insectos...

—Insectos! exclamó levantándose como por un resorte; insectos! ¿Habeis visto ya insectos sobre mí, desventurado? Cómo, os atreveis... Pero esto es infame! insectos!... Luisa!... Katel!... Salid, caballero!...

—Pero, querida tia...

—Salid! salid! Os desheredo!

Y gritaba, tartamudeaba, y su gorra le colgaba encima la oreja, estaba espantosa.

—Vamos, vamos, exclamé levantándome, no nos incomodemos! ¿Qué diablos, tia mia! no hablo de los insectos que creéis... hablo de los myriapodos, de los thysanuros, de los coleópteros, de los lepidópteros, de los parásitos, de esa multitud, en fin, de pequeños monstruos que se han alojado en vuestro cuerpo y que lo están royendo!

A estas palabras cayó mi tia en su sillón, con los brazos colgando, la cabeza inclinada sobre el pecho, y el semblante tan pálido, que el colorete que llevaba en sus pómulos aparecía como manchas de sangre.

De un salto me planté en el palacio de Selsam.

A mi entrada, estaba, al parecer, pálido como la muerte.

—Amigo mio... hay crisis!...

Pero detúveme sobrecogido de estupor. Hallábase reunida en casa de Selsam una numerosa concurrencia: habia primeramente el conservador del Museo arqueológico, Daniel Bremer, con su enorme peluca empolvada y su vestido color de castaña, carilleno y los ojos salientes como una rana; tenia en la boca una especie de zampoña gigantesca, y parecia demostrar su uso á los otros; luego el maestro de capilla Cristian Höffer, con sombrero de muelles, acurrucado en un sillón y sus largas piernas estiradas debajo de la mesa hasta perderse de vista; con sus dedos largos y huesosos, manejaba las llaves de un instrumento extraño que formaba un tubo, y tanto absorbía su atencion este exámen, que ni siquiera levantó los ojos sobre mí al abrirse la puerta; los señores Kasper Marbach, prosector del hospital de Santa Catalina, y Rebstock, dean de la facultad de bellas letras, ambos con frac negro y corbata blanca, estaban tambien allí, el uno armado de un inmenso plato de bronce, y el otro de una

especie de tambor de madera de las islas de piel de macho cabrío.

Esas gentes graves, sentadas al rededor del candelabro, con las mejillas hinchadas, la varilla en el aire, la fisonomía meditabunda, produjéronme un efecto tan grotesco, que quedé clavado en el dintel de la puerta, con el cuello estirado y la boca abierta como quien sueña.

Selsam, sin conmovirse, me alargó gravemente una silla, y el conservador del Museo prosiguió sus explicaciones.

—Esto, señores, dijo, es el famoso BUSCATIBIA de los suizos; da sonidos terribles que se prolongan á través de los ecos y dominan el estrépito de los torrentes. Si el señor consejero Teodoro quiere aprenderlo, no dudo que producirá con él grandioso efecto.

Y con aire solemne me entregó aquel cuerno de buey; despues de lo cual, dirigiéndose al prosector Kasper Marbach:

—Caballero, vuestro tambor es lo mas admirable que tenemos en su género: es el KARABO de los egipcios y de los abisinios; los juglares se servian de él para hacer bailar las serpientes y las bayaderas.

¿Es eso? preguntó el prosector golpeándolo alternativamente con la mano derecha y con la izquierda.

—Perfectamente!... perfectamente!... producireis efecto. Y respecto al señor dean, no tendria mas que dar un golpe, de segundo en segundo, sobre su plato, el famoso TAM TAM, cuyos lúgubres sonidos se parecen al toque de la campana grande de nuestra catedral. Eso producirá un efecto colosal, sobre todo en el silencio de la noche... ¿Habeis comprendido, señores?

—Muy bien.

—Entonces, podemos partir.

—Un instante, dijo el doctor, es necesario instruir á Teodoro de nuestra determinacion.

Luego dirigiéndose á mí, dijo:

—Mi querido amigo, la situacion de vuestra respetable tia exige un remedio heróico. Despues de reflexionar largo tiempo sobre ello, ha venido á inspirarme una idea luminosa. ¿Cuál es su mal? Es el embotamiento del sistema nervioso, es la debilidad que resulta del abuso de la música. Pues bien, ¿qué hacer en semejante circunstancia? Lo mas racional es fundir en el mismo tratamiento el principio de Hipócrates: CONTRARIA CONTRARIIS CURANTUR, y el de nuestro inmortal Hahnemann: SIMILIA SIMILIBUS CURANTUR. ¿Qué hay mas contrario á la música sosa y sentimental de nuestras óperas, sino la salvaje de los hebreos, de los caribes y de los abisinios? Nada. Hago pues que me presten sus instrumentos, ejecuto un aire de los hotentotes delante de tu respetable tia, y el principio CONTRARIA CONTRARIIS queda satisfecho. Por otra parte, ¿hay algo mas semejante á la música que la música? Evidentemente nada. Pues queda tambien satisfecho el principio SIMILIA SIMILIBUS.

Esta idea me pareció sublime.

—Selsam, exclamé, eres hombre de genio! Hipócrates ha reasumido la tesis, y Hahnemann la antítesis de la medicina; pero tú, tú acabas de crear la síntesis: eso es un descubrimiento grandioso!...

—Hé! lo sé, lo sé, dijo, pero déjame concluir. En consecuencia, me he dirigido al señor conservador del Museo de los Viajes, el cual no solamente consiente en prestarme el tam-tam, el buscatibia y el cáрабо de su coleccion, sino que quiere ofrecernos su cooperacion y tocar el pífano, lo cual completará felizmente nuestra armónica improvisacion.

Hice una profunda cortesía al señor conservador, y le expresé toda mi gratitud, lo cual pareció conmovérle

y me dijo:

—Señor consejero, tengo un placer en servirlos, así como á la respetable señora Ana Wunderlich, cuyas numerosas virtudes quedan oscurecidas por esa exageración malhadada por los goces de la música y el abuso de los instrumentos de cuerda. ¡Ojalá logremos inclinarla á los gustos sencillos de nuestros padres!

—Sí, ojalá lo logremos! exclamé.

—En marcha, señores, dijo Selsam, en marcha!

Todo el mundo bajó entonces la grande escalera. Las once acababan de dar; la noche era sombría, ni una estrella brillaba en el cielo; un viento huracanado hacia rechinar las veletas y los reverberos. Nos deslizamos arriados a los muros como malhechores, llevando cada uno escondido debajo de sus vestidos su instrumento.

Llegados á la puerta de casa mi tia, introduje sigilosamente la llave en la cerradura, y habiendo encendido Selsam una linterna sorda, entramos silenciosos en el vestíbulo. Una vez allí, cada uno escogió su puesto en frente del dormitorio de mi tia, y con el instrumento en la boca esperó la señal.

Todo eso se verificó con tanta prudencia, que nada absolutamente advirtieron en la casa. Selsam entreabrió pausadamente la puerta, luego levantando la voz:

—Empezad! exclamó.

Yo soplabá en mi cuerno de buey; el tam-tam, el pífano y el carabo, todo resonaba á la vez.

Es imposible expresar el efecto de esta música salvaje. Hubiérase dicho que la bóveda del vestíbulo se venía abajo.

Oímos un grito; pero lejos de cesar, apoderóse de nosotros una especie de rabia, y el tambor, el tam-tam, redoblaron su estruendo en términos, que yo mismo no oía ya los sonos de mi trompa, cuyo ruido domina sin embargo al estampido del trueno; pero el tam-tam era todavía mas ruidoso: sus vibraciones lentas y lúgubres despertaban en nosotros un inexplicable sentimiento de terror, como á la proximidad de un festín de caníbales en el cual uno mismo debe figurar en calidad de asado; teníamos los cabellos erizados como varillas: la trompeta del juicio final, despertando á los muertos, no producirá un efecto mas terrible!

Selsam nos habia gritado veinte veces que nos detuviésemos; pero estábamos sordos; una especie de frenesí diabólico se habia apoderado de nosotros.

Por fin, extenuados, sin aliento y pudiendo apenas sostenernos sobre nuestras piernas, tan rendidos estábamos de cansancio, fué preciso que cesase aquel espantoso estruendo.

Entonces Selsam, levantando el dedo, nos dijo:

—Silencio!... Escuchemos!

Pero nuestros oídos zumbaban, siendo imposible oír el menor ruido.

Al cabo de algunos minutos, inquieto el doctor empujó la puerta y penetró en el aposento para ver el efecto de su remedio.

Nosotros le esperamos con impaciencia. Pasado algun tiempo, viendo que tardaba, iba á entrar á mi vez, cuando salió extremadamente pálido y mirándonos con aire extraño.

—Señores, dijo, salgamos!

—Pero ¿cuál ha sido el resultado de la experiencia, Selsam?

—Yo le tenía por el brazo; volvióse bruscamente y me contestó:

—Y bien... es muerta!

—Muerta! exclamé retrocediendo.

—Sí, la conmoción eléctrica ha sido demasiado violenta: ha destruido las ascáridas, pero desgraciadamente

ha herido la molécula central. Por lo demás, eso nada prueba contra mi descubrimiento, al contrario: tu tia ha muerto curada!

Al concluir estas palabras, salió.

Nosotros le seguimos pálidos de terror. Una vez en la calle, nos dispersamos, los unos á la derecha, los otros á la izquierda, sin cambiar una palabra: el desenlace de la aventura nos habia petrificado!

Al día siguiente, toda la ciudad supo que la señora Ana Wunderlich habia muerto repentinamente. Los vecinos pretendieron haber oído un ruido extraño, terrible, inusitado; pero como durante la noche habia habido un gran huracán, la policía no practicó ninguna pesquisa. Por otra parte el médico llamado para declarar sobre esa muerte, dijo que la señora Ana habia fallecido de un ataque de apoplejía fulminante, tocando el duo final del GRAN DARIUS; se la encontró sentada en un sillón, delante de su piano!

Todo salía á pedir de boca y nadie nos acusó molestia alguna.

Cerca de seis meses despues de este acontecimiento, el doctor Selsam, publicó una obra sobre la manera de combatir las lombrices por medio de la música, que alcanzó un éxito increíble. El príncipe Hatto de Schlettenhof le envió la gran placa del Buitre negro, y su Alteza la duquesa reinante se dignó felicitarle en persona. Hasta se habló de nombrarle presidente de la sociedad científica, en lugar del anciano Matías Kobus. En una palabra, es un hombre felicísimo!

Respecto á mí, me echaré toda mi vida en cara el haber contribuido á la muerte de mi querida tia Ana Wunderlich, soplando durante un cuarto de hora en aquel abominable BUSCATÍBIA que Dios confunda! Es cierto que no tuve intención de causarle ningun mal; al contrario, esperaba desembarazarla de sus ascáridas y alargarle unos cuantos años la vida; pero aquella excelente mujer no es por eso menos muerta, lo cual me tiene sumamente afligido.

Dios es testigo que nunca pasó por mi mente la idea de aterrorizar su molécula central. ¡Ay! lo confieso con rubor hubiérame reído en las barbas del que hubiera venido diciéndome que con aire de música se podía matar ni siquiera á una simple mosca!

CANTARES.

Al cielo elevé los ojos
por no acordarme de tí;
para bien de mis enojos
en las estrellas te ví.

Las fatigas de mi pecho
son fatiguitas de muerte;
el daño que tú me has hecho
es para siempre perderte.

Negros tienes los cabellos
y negros tus ojos son;
no dudo que tengas negros
el alma y el corazón.

En tus ojos ví la dicha,
en tus labios el amor,
y en tu pecho la caverna
donde se abriga el dolor.

El canto de un desgraciado
es canto de negra suerte;
que el cantar nos dá la vida,
y el cantar nos dá la muerte.

El hombre que su cariño
lo pone en una mujer,
es porque, necio, se olvida
del pago que dan despues.

Espuma la mar bravía
tiene en sus olas ligeras;
la borrasca de mi pecho
arrastra en sus olas penas.

La campana toca á muerto
y una tumba se prepara;
no te asustes, que es un hombre,
y eso al mundo importa nada.

No me llares á la reja
porque no te he de escuchar,
que si te faltan juguetes,
muñecos puedes buscar.

Déjate de niñerías
que es en vano tu clamor;
que aquel que su bien olvida
no es digno de compasion.

Camino de la pradera
hay una cruz en el suelo;
no preguntes por su historia,
porque amor es un misterio.

José de Arcos y Perez.

Á LAS INDIAS.

III.

El dia en que presentamos la escena á nuestros lectores era el último que Andrés debia pasar bajo el techo paterno; le habia destinado á despedidas, y ya tuvimos el gusto de ver el resultado que le dió la de D. Damian: dia, que, dicho sea internos, habia costado muchas lágrimas á lo pobre madre, á escondidas de su familia, pues no podia resignarse con calma á ver aquel pedazo de sus entrañas arrojado tan jóven á merced de la suerte tan lejos de su proteccion.

Pero las horas volaban y era preciso decidirse. Cuando Andrés acabó de leer la carta, su único amparo, al dejar á su patria, y á vueltas de algunos halagüeños comentarios que se hicieron sobre ella, la pobre mujer, á quien ahogaba el llanto, mandó entrar en casa á su hijo para que su hermana le limpiase la ropa que llevaba puesta y se la guardase, mientras ella daba las últimas puntadas á una camisa.

Andrés, entonando un aire del pais, obedeció, saltando de un brinco sobre el umbral de la puerta: pero su madre, al ver aquella expansiva jovialidad en momentos tan supremos, fijos, fijos en él sus turbios ojos, mientras atravesaba el angosto pasadizo, abandonó insensiblemente

la aguja, y dos torrentes de lágrimas corrieron por sus tostadas mejillas.

—Pobre hijo del alma!... murmuró con voz trémula y apagada, tan jóven... y tal vez...

Pero horrorizada con lo que iba á decir sepultó su cara entre las manos, como si temiera despertar con sus palabras el adverso destino de su hijo.

Tío Nardo, mas optimista, por no decir menos cariñoso que su mujer, no comprendiendo aquella situacion tan angustiosa, hacia los mayores esfuerzos por atraerla á su terreno.

—Yo no sé, Nisca, le dijo cuando estuvieron solos, qué demonches de mosca te ha picado de un tiempo acá, que no haces mas que gimotear.—Pues al muchacho no soy yo quien le echa de casa, que allá nos anduvimos al efecto de embarcarlo:... y por Dios que no lo afeaste nunca bastante, ni te opusistes de veras.

—Y qué habia de hacer yo? Tampoco hoy me opongo, aunque cuando más se acerca la hora de despedirme de él... Pobre hijo mio... Dícenme que puede hacer fortuna... y nosotros somos tan pobres! Ofrecen tan poco para un hombre estos cuatro terrones que el Señor nos ha dado!... Ay! si El quisiera favorecerle!

—Pues que ha de hacer, tocha? Nó, que nó.... Ahí tienes á D. Damian...

—Siempre habeis de salirme con D. Damian...

—Y con muchísima razon; ¿qué mejor ejemplo? Un señor que vino al pueblo cargado de talegas: que á todos sus parientes ha puesto hechos unos señores; que no bien sabe que hay un vecino necesitado, ya está él socorriéndole; que alza solo casi todas las cargas del lugar; que corta todos los pleitos para que no se coma la justicia la razon del que la tiene y el haber de la otra parte; y que no quiere por tanto beneficio mas que las bendiciones de los hombres de bien. ¿Qué más satisfaccion para nosotros que ver á nuestro hijo en el dia de mañana bendecido como D. Damian?

—Ay, Nardo; en primer lugar D. Damian fué siempre muy honrado....

—No viene Andrés de casta de picaros.

—Despues, Dios le ayudó para que hiciera suerte.

—¿Y por qué no ha de ayudar á Andrés?

—Don Damian fué un señor desde sus principios, y cuando salió de aquí llevaba muchos estudios y sabia tratar con personas decentes... y habia heredado la levita, que esto vale mucho para bandearse fuera de los harcales del lugar.

—Bah, bah... riéte de cuentos, Nisca, que todos los hombres nacimos de la tierra y tenemos cinco dedos en cada mano.

—Valiera más, Nardo, que en lugar de fijarnos en ejemplos como el de ese bueu señor para echar de casa á nuestro hijos, volviéramos los ojos á otros más desgraciados. ¡Cuántas lágrimas se ahorrarian así!.. Sin ir mas lejos, ahí está nuestra vecina que no halla consuelo hace un mes llorando al hijo de su alma que se le murió en un hospital al poco tiempo de llegar á la Habana.

—Sí, pero ese muchacho....

—Era tan sano y tan robusto como Andrés, y como él era jóven y llevaba buenas recomendaciones.—También las llevó el del tío Pedro y murió pobre y desamparado en lo más lejos de aquellas tierras....—Bien colocado estaba el sobrino del señor alcalde y malas compañías le llevaron á perecer en una cárcel: y Dios parece

que lo dispuso así; porque cuentan que si sale de ella hubiera sido para ir á peor paraje.—Veinte años bregó con la fortuna su primo Anton, y por no morirse de hambre anda hoy de triste marinero ganando un pedazo de pan por esas mares de Dios.—Bien cerca de tu casa tienes al pobre hijo de Pedro Sanchez esperando á que se le acabe la poca salud que trajo de las Indias al cabo de quince años de buscarse en ellas la fortuna, para que Dios le lleve á descansar á su lado; pues ya, pobre y enfermo, ni vale para apoyo de su familia, ni para el pueblo, ni para sí mismo, que es lo peor... y bien reniega de la hora en que salió de su casa...

—Anda, anda... echa por esa boca desventuras y lástimas. ¿Por qué no te acuerdas del hijo del manco y del alguacil, que dicen que gastan coche en la Habana y que están tan ricos que no saben lo que tienen?

—Mal año para ellos, que dejan morir de miseria á sus familias, que se arruinaron por embarcarlos, y ni siquiera se acuerdan de la tierra en que vieron el sol. —Mucho quiero á ese pobre hijo que se vá á ir por ese mundo; pero antes que verle mañana sin religion, olvidado de su familia y de su tierra, Dios me perdone si en ello le ofendo, quisiera la noticia de que se habia muerto...

—Vaya, Nisca, que hoy te da el náipe para sermones de ánimas.... todavía me has de hacer ver el asunto por el lado triste.

—Dichoso de ti, Nardo, que no le has visto ya.

—No seas tonta, que yo no puedo ver esas cosas como tú las ves.... Porque este lugar haya sido poco afortunado para los indios....

—Calcula tú cómo andarán los demás cuando en este rincón solo hay tanta lástima. Ay, Nardo! aunque yo no lo tocara con mis manos y lo viera con mis ojos, los consejos de D. Damian, con la experiencia que tiene, serian de sobra para que yo llorara al echar por el mundo á esa pobre criatura.

La salida de Andrés interrumpió este diálogo: traía puesto su traje de camino, nuevo tambien, però de corte más humilde que el que se habia quitado para que su hermana se lo guardase.

Tía Nisca se enjugó apresuradamente los ojos al ver á su hijo, y plegó con esmero sobre sus rodillas la camisa que habia concluido.

Toda aquella tarde se invirtió en arreglar el equipaje de Andrés, y al anoecer se rezó el rosario con más devocion que nunca, pidiendo todos á la Virgen, con esa fé profunda y consoladora de un corazón cristiano amparo para el que se iba, y para los que se quedaban resignacion y vida hasta volverle á ver.

J. M. de Pereda.

DUDAS,

Mirando estábamos juntos
En ilusion agradable,
Como cruzaban las nubes
Por el cielo de la tarde.

Te engañabas á tí misma
Pensando tal vez amarme,
Y yo estudiaba dudoso
La espresion de tu semblante.

Ah! tú eras pura, muy pura,
Santa en aquellos instantes,

Flor que comienza á entreabirse,
Eras virgen, eras ángel!

Yo hubiera dado la vida
Por confiar, mi dulce amante,
En tus gratos juramentos
Y tus besos inefables.

Pero yo sé que el olvido
Con vez de amargos pesares,
En reloj de desengaños
Cuenta el amor los instantes.

Yo sé que cuando partimos
A alguna tierra distante,
Lloran aquellos que amamos
Y se consuelan mas tarde.

Sé que al borde de las tumbas
Se siembran lirios fragantes,
Pero despues de marchitos
¿Quién siembra otros lirios? nadie!

Tu suspiro enamorado
Salió del lábio abrasante
Como buscando algun eco
Y algun alma en que hospedarse.

Te estreché la mano y... luego
Partí sin poder hablarte,
Y fui con mis desengaños
A sufrir á otros lugares....

Ay! bendecidas mis dudas
Pues tus amores fugaces,
Pasaron como las nubes
Por el cielo de la tarde.

J. C. Zenea.

MESA REVUELTA.

NECROLOGIA.

Tenemos el sentimiento de participar á nuestros lectores el reciente fallecimiento ocurrido en Granada, de un ilustre hijo de Cádiz, célebre y fecundo literato. Nos referimos al Excmo. Sr. D. Juan Miguel de Arrambide, intendente militar, poeta infatigable y escritor de mérito: autor de varias tragedias y poemitas, y de muchas poesias líricas, varias de las cuales conserva de su letra y algunas inéditas, nuestro querido colaborador el señor don Narciso Campillo, con quien el difunto Arrambide sostenia una activa correspondencia literaria, y una estrecha amistad. Podemos anticipar á nuestros suscritores la promesa de insertar algunas composiciones de Arrambide, que dicho señor Campillo ha ofrecido facilitarnos con su acostumbrada deferencia por esta publicacion.

El señor Arrambide se señaló prestando buenos servicios á la nacion, como militar en el sitio de Zaragoza, donde fué herido peleando contra los franceses; como ingeniero, en las obras que dirigió en el rio Guadalquivir, profundizando su cauce por algunos sitios hasta diez pies mas de los que tenia, segun el método de Favre; y como literato y poeta con su incansable laboriosidad y sus numerosas obras.

Ha muerto de edad muy avanzada, y todavia se ocupaba en algunos trabajos literarios. Son notables sus odas, á la *Invenion de la Pólvora*, *Al Amor Paternal*, *Alas Artes*, *Al Moncayo*, un *Rasgo Epico*, burlesco, titula-



do: *La Taberna*, y sus artículos sobre la música moderna. Ha sido durante muchos años socio del *Liceo Granadino*, no queriendo aceptar nunca el cargo de presidente.

Sus obras, y una larga y erudita correspondencia literaria con algunos de sus amigos, particularmente con el señor Campillo, ocuparon los últimos años de su vida, pues ya estaba jubilado de su destino de intendente.

Descanse en paz tan buen ciudadano y tan laborioso escritor. La redacción del *Sancho* envía su sincero sentimiento á Granada, que por tanto tiempo lo conservó entre sus moradores, y se lamenta con Cádiz de la pérdida de un ilustre hijo de esta ciudad.

Te Deum laudamus!! Por fin el Principal va á entrar en una nueva época. Después de la trabajosa vida que ha llevado, volverá á proporcionarnos buenos ratos con el retorno de la señora Penco. Se ha formado una compañía de ópera italiana, á cuyo frente aparecen la Penco y la signora Sonieri, y cuenta entre sus artistas á los tenores absolutos Nicolini y Tomberi; los barítonos Bartolini y Vebaro; los bajos Rodas, Torricelli y Pieri, y el conocido maestro Bonetti.

Con tan lucida *troupe* esperamos que se canten bien las partituras, y aunque la mayoría de los individuos de esta compañía no son conocidos en Cádiz, sus buenos antecedentes son una garantía de su trabajo. Allí veremos. *Sancho* prepara sus *revistas*, en las que dirá á sus constantes y habituales lectores la verdad, solo la verdad de lo que ocurra, y sus juicios continuarán dictándose por la mas estricta imparcialidad, como lleva demostrado.

Esperamos que la nueva empresa cumpla religiosamente los compromisos que estipula en su prospecto, y aleje de su mente el funesto ejemplo que la anterior administración de este teatro dejó en la memoria de los abonados; engañando al público con el mayor descaro, y escamoteándole de las funciones, el espectáculo lírico-dramático que se le prometió. Pero está llevando una merecida recompensa, pues una escasa concurrencia es la que hace tiempo asiste al teatro abuelito.

¿Porqué los ciegos no cantan?

¿Han perdido ya su voz?
¿Acaso un catarro crónico
á todos enmudeció?
¡Pobre gente de la *tranca*!
tu ronquera te aplastó;
pues te privas de los *cuartos*
que sacabas al *pregon*.
Mas ya comprendo la causa
de tu mutismo feroz;
y respetando el origen
de esa nueva prohibición,
Sancho solo se contenta,
con clamar á *media voz*;
—«Señor alcalde, permiso,
gracia, licencia ó perdon,
para los pobres cegatos,
que cantan en *do mayor*
los *suplementos* y *partes*
y noticias de cañon.
Señor alcalde, permiso;
hágalo V. S. por favor,
y el batallón sin *pupilas*

subirá su *diapason*,
entonando gracias miles,
por su *rehabilitacion*.

«**Apuntes de un bebedor.**» **Beber es lo** primero que hacemos después de llorar, al venir al mundo.

La vida debe pasarse á tragos, dijo un contemporáneo de Epaminondas, y dijo una verdad como una tinaja tobosina.

La naturaleza justifica esta opinion.

Los vegetales necesitan para vivir beber de la tierra el jugo que en sus cariñosas entrañas encierra.

La industriosa abeja bebe de las flores aquel precioso jugo con que fabrican la miel y la cera.

La lluvia es el resultado de una bebida.

Hasta la ciencia se bebe en los buenos libros.

Para calmar los pesares del alma, el mejor medio es ahogarlos... bebiendo, por que nada ni nadie se ahoga en seco.

También puede uno ahogarse aguantando la respiración; pero antes les precisa haber bebido hasta las heces del cáliz de la amargura.

Porque es de advertir que no siempre se beben cosas agradables.

La naturaleza, cuando existe, vive por que bebe.

Esta es una verdad bebida en los anales de la ciencia.

Pues señor, bebamos.

Por desgracia, siempre que tenemos que evocar el recuerdo en nuestras columnas, del malaventurado teatro del Balon, ha de ser forzosamente con el ánimo de aplicarle nuestros severos juicios, y las duras calificaciones que se merece.

Nadie desconocerá que en este teatrillo no se puede exigir una buena compañía; pero siquiera debe procurarse satisfacer al público con la puntualidad en las horas de comienzo de la función, y con la clase de producciones que se presente. Pues señor, es el caso que citan á las ocho y media por ejemplo: dan las nueve, y aun no se ha alzado la cortina del proscenio. Añadamos á esto la duración prolongada del espectáculo; días habrá en que será preciso llevarse la cama, una botellita de vino y unos bizcochos, para atravesar toda la noche sin desmayo ni necesidad: espectáculo ha habido que duró hasta la una, larga de talle.

Si á esto añadimos la costumbre que han tomado algunas *ninfas terrestres* y *estraviadas*, de fumar con el mayor descaro por los pasillos del edificio, ostentando en sus delicados labios gruesos chicotes ó *coraceros*, se comprenderá lo ameno y escogido de las funciones del Balon.

Teatro de mis pecados,
por hoy no te digo mas;
dejemos para otra día,
asuntos de gravedad.

Sentimos no poder ocuparnos en el presente número de la crónica teatral del Circo, por que desde nuestra publicación anterior, nada nuevo se ha presentado en escena. A la hora en que escribimos estas líneas vemos anunciado el beneficio del estudioso actor Sr. Elías, el que esperamos esté concurrido.

EDITOR RESPONSABLE:
DON JOSÉ MARIA MEJIAS.

CADIZ 1864.

Ilustración gaditana, San Miguel, 18.